

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 29 DE ABRIL DE 1923

NÚM. 20.044

## ESTAMPAS DE ANTAÑO.—CUANDO FERNANDO VII GASTABA PALETÓ...

### FRAGMENTOS DE UNAS CARTAS CORTESANAS

30 de septiembre de 1823.

... Al fin, mañana estaremos libres, amiga mía... Libres en el cuartel general del duque de Angulema... Esta mañana se nos presentó en el caserón de Aduana, que sirve al rey de morada, una diputación de las Cortes... ¡Qué caras de contritos y acongojados traían!... Zumbaban aún las bombas de los franceses; los soldados del regimiento de San Marcial, apenas aplacados el día 23 por el general Burriel, quieren gritar nuevamente: ¡Viva el rey absoluto!; no cantan ya las mujeres, como antaño:

«Con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones...»

sino que deploran que la testarudez de las Cortes, empeñadas en oponerse a los designios de la Santa Alianza, atraiga sobre la linda ciudad de Cádiz tantas desdichas: el espectáculo doloroso de un rey paternal afrentado en su soberanía

y escarnecido en su persona, las privaciones y riesgos de un cerco, las zozobras de un bombo y los desmanes del aluvión de gentes forasteras que aquí llegó siguiendo a las Cortes y huyendo de la patriótica y vengadora algarada del buen pueblo sevillano...

Precisamente recuerdo ahora que desde este día alborotado, festividad de San Antonio—no se me olvidará nunca por los *padre-nuestros* que le recé pidiéndole amparo, cuando huíamos, cercados de tropas, camino de Utrera—, desde este 13 de junio, digo, te he tenido privada de recibir mis cartas, y eso que ardo en deseos de contarte, porque es una página que debiera perpetuarse en la memoria de los siglos, cómo fué aquella cena de sus majestades en Alcalá de los Padarneros, en la morada del marqués de Gandul, avisado poco antes, puesta la mesa en la misma habitación donde habían de descansar los reyes—porque dormir no les dejaron los señores de la Regencia—, sin concluir los mal aderezados guisos, llorando los infantes pequeños en

brazos de sus amas y derrengados los dos mayorcitos y roncando sobre unos butacones... Azorados los dueños de la casa, aturdida la servidumbre, mal alumbrada la estancia, dispersada la corte, que había ido a procurarse comida en otros lugares, aparecían los monarcas sin el amparo de la etiqueta y sin la aureola de la dignidad real... Apenas servidos los postres, apareció en la estancia el general que mandaba las tropas, y ordenó al rey—así como te lo escribo, hija mía—, ordenó al rey que prontamente se emprendiera la marcha, porque era forzoso llegar a Utrera antes del amanecer. Su majestad, socarronamente, preguntó: —¿Esto también lo manda la Constitución?

Y el general, con voz seca, le repuso: —Lo ha dispuesto así la Regencia.

Y fué preciso marchar. Ya te contaré con detalles estas tristes escenas que nos hacían recordar a las personas del séquito los sufrimientos de Luis XVI y María Antonieta...

Hoy te diré sólo que, reclusos en Cádiz,

restaurada la autoridad del rey, aunque limitada a ser un figurón de las Cortes, hemos pasado privaciones y sobresaltos, sin saber a punto fijo lo que ocurría en el Trocadero y Santipetri, donde peleaban los franceses con las tropas de las Cortes, y sin distinguir ni interpretar bien las señales que nos hacían desde la playa del Puerto y desde los buques franceses... Pero todo esto acabó ya.

A estas horas va el conde de Corres camino del cuartel general del duque de Angulema, para avisar la próxima llegada del rey; del rey libre, del rey en la plenitud de su soberanía... Como te dije, esta mañana se presentó en la Casa-Aduana una diputación de las Cortes. Recibióla el jefe militar de Palacio, el teniente general Copons, tan leal, tan adicto a la persona del monarca, tan valeroso y avisado, y en el acto la condujo a la presencia del rey, a quien acompañaban en aquel momento el infante D. Carlos, la princesa de Beira y el mayordomo mayor, marqués de Santa Cruz... Tantas cosas se cuentan de esta



EL ESPANTOSO BOMBEO DE CÁDIZ DESPUES DE LA TOMA GLORIOSA DEL TROCADERO





DERROTA DE LOS REVOLUCIONARIOS EN SU SALIDA DE LA ISLA DE LEÓN EN 16 DE JULIO DE 1823

entrevista, que no quiero hablarte de ella hasta depurar la verdad de lo ocurrido y poder reconstituir el diálogo cierto que entre aquellas personas hubo. Lo único que puedo asegurarte es que allí resplandeció, como nunca, el alma grande, generosa y noble del monarca. Los diputados enviados por las Cortes balbuceaban, confesando que estaban derrotados y que España entera se alzaba en favor del rey absoluto, por lo que querían las Cortes acatar la voz de la nación. Pedían al rey, dueño otra vez de toda su divina autoridad, que tuviera benevolencia para los obcecados políticos, funcionarios y militares que habían defendido la causa constitucional...

—¿Cómo benevolencia!...—interrumpió Fernando—, una amnistía general..., un indulto de todo lo ocurrido... Que se me traiga un decreto y lo firmaré... Desde hoy en adelante, quiero que todos los españoles vivan como hermanos... Yo soy el primero en olvidar que se me arrancó de Madrid, que se me obligó a hacer un penoso viaje hasta Sevilla, que se me declaró loco y se me arrebató la soberanía para traerme hasta Cádiz... Olvido todo... Que no se vaya nadie de España... Que me acompañen mañana al Puerto los diputados que quieran...

Y en efecto; este decreto se ha firmado, y ha sido leído a las tropas, y ha sido impreso y repartido, produciendo admiración y generales alabanzas, a pesar de lo cual a estas horas se han embarcado ya en buques ingleses todos los figurones de las Cortes, y el general Valdés, y el bilioso bibliotecario Bartolomé José Gallardo, y la lechigada de diaristas que siguen a Arzobispos y a Alcalá Galiano.

Por casualidad encontré en casa de

unas amigas, de quienes fui a despedirme, al héroe del Trocadero, allí refugiado y escondido, y por él supe todo lo ocurrido en aquellas humildes refriegas que los franceses han ponderado y exaltado como si se hubiera tratado de Jena y Austerlitz o de otras hazañas napoleónicas. ¿Podrás imaginarte quién es el tal héroe?... Es Manolito Cortina, el hijo de nuestra buena amiga Lola Arenzana... Y me dirás: «... ¡pero si es todavía un chiquilicuatro!», y yo te responderé que este chiquillo es excepcional en todo... Cuando nos hospedábamos en casa del buen don Cayetano Cortina, orgulloso de recibir en su morada sevillana gentes de viso de la corte, nos maravillaba Manolito por su progreso en los estudios. Ya recordarás que a los doce años fue licenciado en Filosofía, y cuatro años más tarde lo era en Jurisprudencia y cánones, y que de quince años no más se presentó a hacer oposiciones, aun sin propósito de ser clérigo, a una vacante de doctoral de la colegiata del Salvador, de Sevilla, y asombró en latín y en castellano al Tribunal y al concurso de gentes que acudió a oírle... Pues, hija, como todavía no ha podido comenzar a ejercer la abogacía, por sus pocos años, se había dedicado a perorar en las tertulias políticas y había sido nombrado capitán de milicianos... Y tras las Cortes se vino con un pelotón de liberalotes hispalenses, y al frente de una compañía estuvo luchando en la defensa del Trocadero... ¡Si le vieras qué guapo y garrido mozo...! Veinte años tiene y su rostro añado contrasta con la prestancia marcial del uniforme. Cuando ya había sido hecho prisionero el jefe de las fuerzas liberales del Trocadero y unos

soldados huían y otros caían en poder de los franceses, Manolito Cortina realizó un hábil repliegue y puso en salvo casi toda su compañía, que se refugió en la Isla de León... Quedóse el último y fué herido. Comenzó a faltarle fuerzas, y para no caer prisionero se arrojó al mar y llegó a nado hasta un falucho de pescadores que se habían detenido en las cercanías para presenciar la batalla. Y de allí fué llevado a Cádiz y recogido en casa de mis amigas...

Cuando yo le vi no estaba aún totalmente curado. Pálido el rostro, exaltado su ánimo por el triste fin del nuevo período constitucional, me contó cuanto había ocurrido en la defensa del Trocadero y Santipetri y en el horroroso bombardeo que hemos padecido en Cádiz, si bien te diré que las bombas francesas apenas han hecho daño ni matado a nadie. Quedé prendada del muchacho y asombrada de la elocuencia con que hablaba... Como yo le invitara a venir a Madrid y le insinuara la idea de protegerle en la corte, me repuso:

—Cuando España torne a ser una nación constitucional, yo seré diputado, iré a Madrid y...—vaciló un poco su voz pidiéndome perdón por rechazar el emparejo que le había ofrecido, y agregando luego — entraré en el Palacio Real, no como cortesano, sino como secretario del Consejo...!

Celebramos la ocurrencia y yo juré que con tal de ver ministro y excelentísimo señor y, personaje famoso a don Manuel Cortina daría por bien venidas unas nuevas Cortes. El muchacho bien merece que se cumpla su deseo.

Seguiría escribiéndote, ya que hoy volvemos a comunicarnos con España, si no

me avisara mi doncella que en el salón me aguarda don Lope... ¡Pobre de mí, la que me espera! El buen padre Martín Merino me envió anoche un mamotreto de cuartillas, pidiéndome que las leyera y revisara. Ya sabes cómo las gasta este bendito misionero del Salvador del Mundo cuando coge la lira. Ahora ha escrito nada menos que un poema: *El rey libertado, la España regocijada, la Iglesia complacida en el día 1 de octubre de 1823*, y quiere recitarlo precisamente mañana, cuando desembarquemos en el Puerto, como si lo fuera improvisando. Afortunadamente, el poema no está escrito en solemnes octavas reales, como fuera del caso, sino en un romancete en o, dividido en cuartetas, que mejor concertado lo harán los ciegos callejeros, pero más resalado, no... ¡Y yo he de hacer creer que he leído estas ristras de disparates y habré de opinar sobre ellas!... Atiende un momento. Sale a corte de Sevilla:

«El suspirar del Monarca  
las montañas conmovió;  
de su Esposa el dulce llanto  
a los peñascos hendió.

De los Infantes, Infantas  
y sus Niños el dolor  
del Guadalquivir grandioso  
las corrientes engrosó...

Cedió y Amalia la dulce,  
la Reina del corazón  
de Fernando, y sus Iberos,  
se dilata con candor...

Prefiero, hija mía, la retórica constitucional de Manolito Cortina...

Por la copia,  
Dionisio PEREZ



IMPRESIONES DE  
UN CAMINANTE

# LA FLORENCIA MISTICA

Por qué encuentro en el comentario de mis jornadas florentinas tan ardua dificultad? Roma tiene un gran vigor de líneas, y es fácil describirla. En cambio, Florencia es una escala de matices, de tonos. Es una impresión de suavidad y gracia; y resulta muy difícil trasponer a formas literarias esa policromía.

Hoy quisiera hablar del convento de San Marcos, sitial de la Florencia mística. Lo primero que se me ocurre al penetrar en su apacible claustro es el cambio singular de valores por el cual la escuela dominicana, de origen y desarrollo tan estrictamente dogmáticos, llegó a tener aquí una pura transfiguración mística. Domingo de Guzmán es el florecimiento español del catolicismo en la Edad Media, como Inigo de Loyola lo es en la Moderna. España no tenía, como Italia, un fuerte sedimento clásico que atemperase sus fervores de neófito. Rudezas originarias y nebulosas la predisponían a la violencia. Por esto su misión histórica consistió en una exaltada identificación entre su política y su fe. Hasta sus místicos tuvieron un alma impulsiva y turbulenta, y fueron más trágicos que líricos. Nuestra mística es una forma dionisiaca del cristianismo, mientras que la italiana es apolínea. Domingo de Guzmán pone las más fuertes coacciones del poder temporal al servicio de la fe, iniciando plenamente las persecuciones. La llama de amor del *Poverello* se tornaba llama de hoguera suplicatoria, invirtiendo los tiempos de Nerón.

Francisco de Asís y Domingo de Guzmán: he aquí los manantiales de las dos corrientes del espíritu eclesiástico. A su manera, reflejaron, desde muy lejos, las dos corrientes de la filosofía: platónica y aristotélica. Escotistas y tomistas mantuvieron, por largo tiempo, ese dualismo de escuelas, tan revelador y sugerente. Una de las notas geniales de Dante fué haber vibrado con ambos espíritus, desde las depuraciones amorosas de la *Vita Nova* hasta la construcción sistemática del *Convivio* y la profundidad alegórica de la *Commedia*, especie de *Summa* poética.—Todavía palpitaba en la Iglesia medieval otro germen: el que derivaba de San Pablo y San Agustín, conservado por la tradición agustiniana. Este produciría, con el tiempo, la Reforma.

No sabría comunicaros la sensación de paz, verdaderamente monacal, que me invadió al entrar en el claustro llamado de San Antonino, en el Convento-Museo de San Marcos. Dulce armonía de arcadas y jardín, acogimiento cordial bajo las galerías sonoras y amplias... Pero ¿dónde hemos visto, antes de ahora, esos arcos, esas bóvedas, esas gráciles columnas? ¿Qué figuras, tiernas y adorables, nos parece ver surgir en ese recinto, como sombras amigas y maternas?—Subamos a las celdas; entremos en su austera y noble soledad. ¡Ahí está la visión esperada, que por una especie de milagro, nos ha salido al paso como una guía celestial! Es la *Anunciación*, del Beato Angélico, una de las muchas plasmaciones que nos dejó del divino tema. En maravillosa compenetración, la arquitectura del claustro adquiere nueva inmortalidad en esa pintura, animada por la llama viva de amor del artista. El recuerdo de la *Anunciación* del Prado me asalta como una forma comparativa. Pero los eternos temas del Angélico son como estrofas repetidas de una Letanía; todas tienen un mismo valor de himno, plegaria y adoración; mas cada una de ellas guarda también el fervor del momento en que fué creada. El te-

ma de la *Anunciación*, en el Angélico, tiene una intimidad humilde, casera. Su gracia arquitectural la envuelve en el recinto familiar de un *cortile*. En esta misma iglesia de San Marcos hay otras *Anunciaciones* del Angélico, una de ellas más severa, menos riente. Prefiero la alegoría infantil que difunde la primera, análoga a la de la iglesia de Jesús en Cortona, también del Angélico. Jamás la figura de la Virgen ha sido expresada con mayor efusión, divinamente amorosa. Fray Angélico es el verdadero representante del misticismo ingenuo, que parece buscar en las personificaciones celestiales una protección materna. No busquéis honduras y penetraciones teológicas, en esa pintura de éxtasis; nada más que abandono casto y humilde a los pies de las imágenes que el mismo pintor creaba, trasunto de las que se cernían sobre su ensueño. Por una singular inversión de términos, el pintor daba vida inmortal a sus figuras y les tributaba la primera adoración. Ni un rastro de paganismo, en ese florentino...—Pero ¿no será, con todo, una reminiscencia helénica su gracia inefable, su serenidad, su luminosidad alegre?

Veamos, en este mismo San Marcos, otro ejemplar de sus temas: la *Coronación de la Virgen*. No hay en él la intimidad, la lírica, de la *Anunciación*; estamos ante un valor más escénico. Nos recuerda otra pintura del mismo autor: la *Coronación* que se conserva en el Louvre. El tema era motivo amplio de riqueza ornamental; en cierto modo, es opuesto al de la *Anunciación*. La Virgen no es ya la humilde doncella de Nazaret, absorbita ante el Arcángel. Es la Reina de los Cielos, rodeada por la Iglesia triunfante, como por una corte, y teniendo a los pies de su trono la adoración de la Iglesia militante. Entonces podía revestirse con toda su opulencia cromática y

áurea. El pintor veía seguramente en su trabajo un acto de culto, una obra de piedad, reservada a premio paradisiaco; y la saboreaba con la prolífica delectación con que los miniaturistas combinaban sus iniciales y sus portadas, en un esplendor de oros y púrpuras.



Los temas de la Pasión o de los martirios eran menos adecuados a la naturaleza del Angélico. Su fantasía no podía crear escenas de bárbara rudeza. Su alma de florentino tenía su manantial en el *Paradiso*, y no en la masculinidad cruel del *Inferno*. ¿Qué diferencia entre su *Juicio final* de la Academia florentina o el de la Galería Real de Berlín, y el de Miguel Ángel! Ahí están las dos Florencias. El Angélico cantaba en los coros celestiales. Imaginamos su espíritu como la forma etérea de uno de sus ángeles, tan diversos de los ángeles feminizados de Melozzo de Forlì.

Nos hemos detenido ante su *Calvario*. Toda la multitud de santos, al pie de las cruces, infunde una impresión de serena placidez. Si la expresión del movimiento y sobre todo la del dolor, en arte, representa una decadencia, Fray Angélico, en la pintura cristiana, tiene aún la virtud primitiva, como los griegos del apogeo. Está lejos ya de las formas hieráticas, rígidas, del bizantinismo; pero no hay todavía ninguna violencia en él. Y ningún profesionalismo perturba la absoluta identificación entre su arte y su fe, que son un mismo desbordamiento de su persona. Cada pintura suya es una oración. Sus cuadros de martirio son sus verdaderos asuntos profanos. Ahí está su *Degollación de los Inocentes*, en la Academia florentina; ahí están sus diferentes *Martirios de San Cosme y San Damián*, los santos médicos, patronos de

la ciudad. El valor arqueológico de esas pinturas no compensa la ausencia de la llama inconfundible. Como valor patético, prefiero, bajo sus Cristos en cruz, el acto adorativo de su Santo Domingo, como en éste de San Marcos; o el gesto imponderable de los dos dominicos recibiendo a Cristo en hábito de peregrino; o, sobre todo, la figura de San Pedro Mártir cruzando su índice sobre los labios, no sé si para imponer el silencio conventual o para abismarse en hondísimas meditaciones.—Y ¿qué diremos de ese fraile pensativo, inclinado sobre el libro que sostiene sus rodillas, y apoyando sobre la boca la finísima delicadeza de los dedos, que le ayudan a pensar?



Nos hemos detenido un momento ante la magnífica *Cena* del Ghirlandaio. ¿Habrá otra pintura que más idealmente combine lo exquisito con lo pomposo? Y aquí está también Florencia...

Pero, súbitamente, un retrato nos cautiva. Sus facciones, de perfil bajo la cogulla, tienen una fealdad grotesca. Su nariz y sus labios son casi monstruosos. Bajo ese busto, una inscripción reza: *Hieronymi Ferrariensis a Deo missi Prophetæ Effigies*. Lo pintó Fra Bartolomeo, Baccio della Porta. Estamos en una celda que ha conservado su antigua integridad. Es la celda del Prior, en los últimos años del siglo XV. Y ese prior era él, Jerónimo Savonarola! Aquí mismo, una noche vinieron a prenderle los sicarios, para llevarlo a su Pasión. Ya veremos, en la Plaza de la Señoría, la gran placa de bronce que señala el lugar donde la hoguera ardió, como dice en Roma el pedestal de Giordano Bruno. Y esa expiación de Savonarola se nos aparece entonces como el sacrificio compensador de su orden y de su patria de adopción. Moría el Dominico por la libertad republicana de su Ciudad; y su alma de profeta se asomaba al Renacimiento con el horror de las puras indignaciones. ¿Qué valían los esplendores de la cultura, junto a la múltiple idolatría de las formas humanas y del Poder? En esa víctima de elección alentaban ya los heresiarcas del mundo que iba a nacer. Acaso el arte moriría en esa gran prueba expiatoria; pero triunfaría la pureza del ideal, y el hombre elevaría la llama de su espíritu sobre la gran renuncia.—Así ese anhelo de libertad nacía de un germen primario de intolerancia, bajo la capucha dominicana; y se juntaba idealmente con un fervor de austero mosaísmo, como el de los antiguos profetas de Israel. Ese mosaísmo, en el alma de otro fraile, Martín Lutero, iba a producir, muy pronto, la extinción del gran arte religioso, por horror a la idolatría; pero en el alma de otro florentino, Miguel Ángel, empezaba a crear la verdadera plasmación de la levadura israelita del cristianismo, a través de la herencia clásica.

Savonarola fué el florentino que se erguía contra la cultura de Florencia, por la libertad de Florencia, y aun, simplemente, por la Libertad. Pero como no pudo purificar a su patria en el fuego del holocausto, se ofreció a sí mismo como víctima ejemplar. En él Florencia fué purificada, porque también él encarnó una de las múltiples almas de la ciudad, acaso la mejor, acaso la compensación expiatoria de Maquiavelo... Y cuando su cuerpo se inflamó sobre la pira, como una gran antorcha ofrecida a los caminos oscuros de la posteridad, elevó a los cielos, sobre los palacios y los templos la forma heráldica del lirio rojo.

Gabriel ALOMAR

## LOS POETAS

### ANTÍFONA

Cruel, con tus manos blancas  
de abadesa en oración,  
despiadadamente arrancas  
la flor de mi corazón.

Flor que tu inocente instinto  
para sus juegos deshoja,  
flor que es, como el therebinto,  
sangre viva, pasión roja.

Flor-ave, plena de galas,  
que abrió su corola igual  
que si se abriera en dos alas  
para un vuelo al Ideal.

Flor de panal himeteo,  
sobre la cual, por ser flor,  
como una abeja, el Deseo  
libó la miel del amor.

Libó la miel; mas no ignora  
que ya en mi yermo vergel  
la inquieta abeja de oro  
libará sangre, no miel.

Que toda flor desprendida  
de una juventud vencida  
por la garra del dolor,  
deja una herida en la vida  
que no es mas que la medida  
de una herida  
del amor.

J. SAN GERMAN OCAÑA

### CREPÚSCULO

Tiemblas como un azor. Tiemblas lo  
[mismo  
que el tímido lucero en el Oriente;  
tus manos se entrelazan con las mías  
en un delirio de éxtasis y fiebre.

(Se borran los contornos de la sierra,  
la blancura del caserío se pierde  
y el verso de un cantar, por el camino,  
melancólicamente languidece.)

Tu aliento quema; el coral del labio,  
al soplo del amor, se torna ardiente;  
el ámbar de tus párpados oculta  
la luz de tu mirada que se muere.

Aromando mi hombro van tus rizos;  
la serena llanura de tu frente,  
igual que una magnolia de alabastro,  
bajo la luna llena, palidece...

¡Amor mío, pareces tan cansada  
de emociones! Déjame que te lleve  
sobre mi corazón, sobresaltado  
de conducirte... ¿Quieres?

(Lejos, los altos álamos, sonoros,  
custodian, del canal, la azul corriente.  
Las acacias nupciales, su perfume  
derriban en la noche.

El campo duerme.)

José María SABATER



# DOS AVENTURAS DE SAN PEDRO

CUENTO PARA NIÑOS POR EL GATO CON BOTAS

## La vieja bondadosa y el granjero despiadado

En un pueblecito costero vivía un pescador con su mujer y cuatro hijos. Eran muy pobres, pues sólo vivían del poco pescado que el buen hombre conseguía sacar del mar en su lancha vieja.

Un día, hallándose el pescador en su faena, estalló una tormenta horrible, y el mar embravecido se tragó, entre dos olas gigantescas, al pobre pescador y su vieja barca.

Al saber la muerte de su marido, la buena mujer se murió de pena, dejando a los cuatro niños abandonados en el mundo.

Como todos los demás pescadores del pueblo eran tan pobres como el ahogado, los cuatro huerfanitos, sin tener quien los recogiera, se hallaban a punto de morir de hambre, cuando San Pedro acertó a pasar por allí.

Cogió a los cuatro niños, y andando, andando, se fué a la casa de un rico granjero y le pidió que recogiera a los pequeños por caridad.

El granjero, que era un viejo avaro, se rascó la oreja durante un buen rato, y después de pensarlo mucho se negó a recibir a los niños, alegando que él necesitaba todo su dinero para mantener a sus numerosos criados y a su abundante ganado, pretextos que probaban su egoísmo y su avaricia.

—Está bien—dijo severamente San Pedro—; a Dios corresponde juzgar tu conducta; en cuanto a mí, ordeno y mando que el primer gesto que hagas mañana por la mañana, al levantarte, tengas que seguir haciéndolo, quieras que no quieras, todo el resto del día.

Y se fué con los cuatro niños, y llegó a una choza donde vivía una pobre vieja, que, al ver a los huerfanitos, aceptó con alegría encargarse de ellos.

—¿Acaso eres rica?—preguntó San Pedro.

—¡Ay!, no, señor—contestó la vieja—; sólo poseo esta cabaña y el trabajo de mis manos, que cada día están más torpes.

—Entonces, ¿cómo te las arreglarás para mantener estos niños?

—Dios dirá—respondió ella con sencillez.

Al oír esto el santo, se sintió henchido de alegría y dijo dulcemente:

—Ordeno y mando que el primer gesto que hagas mañana, al levantarte, lo sigas haciendo durante todo el día.

Cuando la pobre mujer, a la mañana siguiente, se levantó—sin acordarse de las palabras del santo—, se agachó para recoger del suelo una cosa que brillaba: era una moneda de oro. La cogió, y en el acto apareció otra, y así ocurrió durante todo el día, hasta tal punto que, al llegar la noche, la buena vieja había reunido una fortuna.

Por su parte, el granjero se había pasado la noche sin dormir, pensando en qué haría al levantarse.

—¿Qué me convendrá más?—pensaba—, ¿medir trigo o contar dinero?

Y, perplejo, se rascaba una oreja, según su costumbre. Cuando al salir el sol se levantó, sin haber resuelto nada todavía y quiso bajar la mano, advirtió con horror que una fuerza invencible le obligaba a seguir rascándose.

Y así estuvo todo el día, dale que le das a la oreja, con tal fuerza que, bien

a pesar suyo, se clavaba las uñas en la carne, de la que brotaba la sangre, haciéndole sufrir horriblemente.

Y aún me parece pequeño el castigo para lo que merecía aquel mal hombre, por avaro y despiadado.

## Pimperlino

Hace muchos años, carretera adelante, volvía un soldado de la guerra; este soldado se llamaba Pimperlino.

Pimperlino caminaba ligero, porque tenía prisa por volver a su pueblo y, además, porque no llevaba bagaje alguno que estorbaba su marcha, pues aunque

tad, que entren en tu talego cuantas cosas se te antojen.

Pimperlino se sentía tan dichoso en la tierra, que, la verdad, de momento le hacía mucha más gracia irse a su pueblo que al cielo; después de pensarlo un poco, dijo:

—Escojo lo del talego.

Y después de dar las gracias a su venerable protector, siguió su camino.

Al poco rato llegó a una ciudad donde había muchas tiendas con escaparates repletos de cosas preciosas o de manjares sabrosos; ante estos últimos, Pimperlino se detenía largamente y se le hacía la boca agua contemplando los enor-

Comió y bebió hasta hartarse, y, más alegre que nunca, llegó, ya de noche, a una aldea y entró en la única posada que allí había; pero el hostelero le dijo:

—No puedo albergarte, todas mis habitaciones están ocupadas; solamente me queda una alcoba libre; pero no te la puedo ofrecer, porque todas las noches los demonios se dan cita en ella.

—¡Anda!, ¿y a mí qué?—exclamó Pimperlino—. He conocido en la guerra peligros bastante más temibles que el de los demonios y prefiero su compañía a la de los lobos del bosque.

—Allá tú—dijo el hostelero encogiéndose de hombros, y le llevó al cuarto embrujado.

Pimperlino se acostó, gozando la satisfacción de descansar en cama muerta después de tantas noches pasadas sobre el suelo duro; pero apenas empezaba a roncar, cuando oyó un ruido formidable y vió un diablillo rojo que acababa de salir de la chimenea y le contemplaba con sus ojos de fuego. El mozo no se inmutó.

—Amigo demonio—dijo—, deseo que entres en mi saco y que te quedes en él.

El demonio hizo una mueca horrible; pero no tuvo más remedio que obedecer. Al poco rato entraron por la chimenea seis demonios iguales al primero. Entonces Pimperlino les ordenó que fueran a hacer compañía al que estaba en el saco, y así fué encerrando a todos los que llegaban. Hasta que ya no apareció ninguno. Y ya tranquilo, Pimperlino cerró los ojos y se durmió como un bendito.

A la mañana siguiente cargó de nuevo con su saco, y, llegando a la orilla del mar, lo vació, haciendo así que todos los diablillos perecieran ahogados.

El hostelero, agradecido porque le había limpiado la habitación de aquellos huéspedes diabólicos, regaló a Pimperlino una bolsa llena de oro.

Después de una vida feliz, gracias a su bondad, su ingenio y su buen humor, y llena de comodidades, gracias a su saco encantado, Pimperlino murió, y se fué derecho al cielo.

Pero San Pedro se negó a dejarle entrar.

—Recuerda—le dijo el divino portero— que cuando te di a escoger entre el cielo y tu saco, no fué el cielo lo que elegiste.

Pimperlino no insistió. Y se fué al infierno.

Pero en seguida se corrió la voz de quién era, y los demonios, recordando la terrible aventura de sus compañeros, se negaron a admitirle y le echaron con cajas destempladas.

Entonces Pimperlino resolvió volverse al cielo. Pero San Pedro frunció el entrecejo al verle:

—No te pido que me dejes entrar—dijo nuestro héroe—; sólo te suplico que para no ir cargado siempre con él, admítas a mi talego.

El santo accedió; pero tan pronto como hubo arrojado el talego en el cielo, oyó a Pimperlino que exclamaba:

—Quiero estar en mi saco.

Y así sucedió. De este modo fué como nuestro hombre entró en el cielo, y como el que allí entra no puede salir ya. San Pedro no tuvo más remedio que admitirle.

EL GATO CON BOTAS

Dibujo de BARTOLOZZI.





# LA EPOPEYA DE LAS ALAS

(ALEGORÍA DRAMÁTICA) POR R. CANSINOS ASSENS

En la casa magnífica y triste, de la que un día un cóndor humano, no nativamente dotado de alas, aunque llevase su forma y su presentimiento en la alígera mente—dos rizos más audaces que los otros eran en sus sienes como dos alas prematuras—, se elevó, temerario, al más lejano azul. La madre, atónita de haber concebido un pájaro y no un hijo de la tierra, aguarda ahora el retorno del misero vástago, vencido por la ley de la gravedad que, desde lo alto, inexorable, le lanzó a la tierra nativa, cercenándole ambas piernas, como si más estrecha y fatalmente quisiera ligarle al regazo que nunca, atrevido, debiera abandonar. En la amplia terraza, abierta a los cielos, desde la que un día lanzó su pensamiento a las alturas, como un prenda sólo en lo alto recuperable, aguarda ahora la madre triste, rodeada de sus tres hijas y de la que, nacida de una hermana, leve sombra pretérita, motivo para que una tumba se cubra anualmente de rosas, como una hija más se ha criado en la casa, promesa quizá de vestir un velo blanco un día y de ofrecer al primogénito en su pecho precoz los azahares de una primavera. Entre las cuatro jóvenes que la rodean, tal las imágenes de las cuatro estaciones en torno a una fuente de llanto, y por encima de su blanca cabeza, grave cumbre nevada, alísbans las sendas todas del ocaso, la madre dolorosa descansa, no del todo sedente, pues la impaciencia hace que su busto se yerga, ávido, pero tímido, frente al horizonte, como ante un gran espejo en el que su cuerpo, nimio, naufragaría.

## LA MADRE

Este es el día en que el hijo infortunado, que aguardo hace tanto tiempo, debe finalmente volver a mi regazo, restituido por ese cielo adverso y peligroso, que con su mirada, henchida de enigmática ternura—¡oh, cielo pérfido como el mar!—, lo sedujo, arrancándolo a la mirada de mis ojos, de un azul deslucido, que en vano querría competir con el suyo, al que las lluvias su llanto hacen tan sólo más brillante. Este es el día en que debe volver finalmente a mis brazos; y ¿lo creeréis, hijas mías?, madre de un águila, creyendo serlo de un hijo de la tierra, apenas si, deseando tanto acogerlo sobre mis rodillas, me atrevo a interrogar el horizonte por el temor de no reconocer en el que torna, asistido acaso de vestigios de alas, al antiguo vástago. Tanto tiempo en el seno del aire, ¿no habrá cambiado su figura? ¿Podré llamarle todavía hijo mío?

## UNA DE LAS HIJAS

No penséis, madre, en tal cosa. El que nos abandonó a todas un día, hoy torna, finalmente, después de haber hecho a los aires ofrendas irre recuperables que apaciguarán su enojo y calmarán su voracidad. Sus piernas cercenadas que en el cielo remoto, tal la cabellera de Berenice, han de perdurar como dos trofeos o como dos ex votos congraciantes para lo futuro, nos aseguran la posesión de su querido cuerpo, en el que las vísceras esenciales subsisten. En adelante, pobre mutilado, ya no podrá separarse de nosotros; su cuerpo vuelve a hacerse pequeño como cuando las cunas eran para él demasiado grandes, y necesitará más de nuestros cuidados. El vuelve convertido en un niño, en un

pobre niño, que en adelante, privado hasta de las pobres alas nativas, no podrá remontarse a otro cielo—y aun así, habremos de ayudarle con los brazos piadosos—que al de nuestras pupilas.

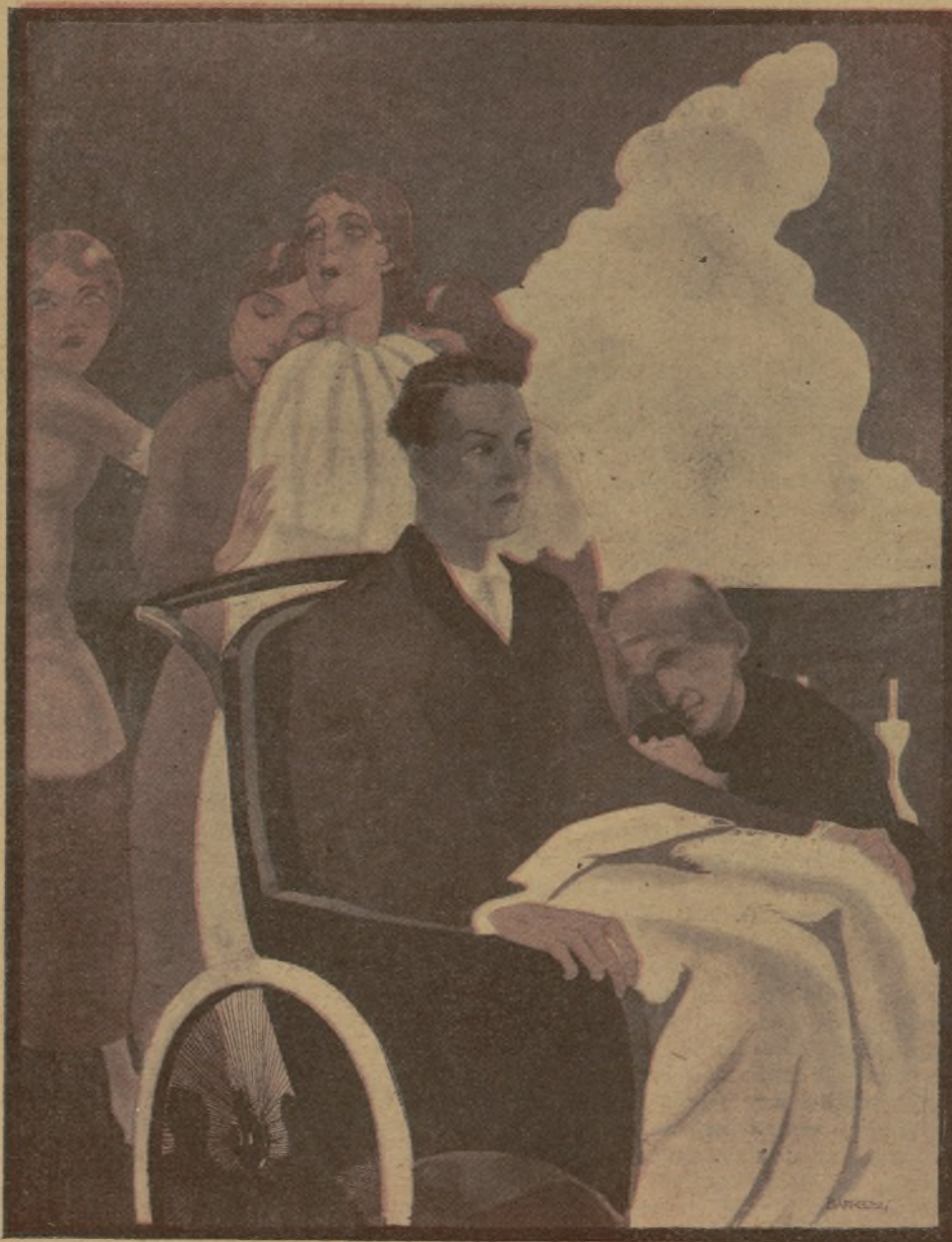
## LA HIJA MENOR

¡Oh, no habléis así! ¡No recordéis el infortunio con que el pobre hermano ha expiado su anhelo de alas, su ansia de ver de cerca esos abismos misteriosos, más tentadores que los del mar, en los que nuestra mirada, lejana y quieta, cada tarde naufragal! ¡No recordéis su derro-

más firmes que esas otras efímeras de que el otoño se despoja, vedle siempre adornado de ellas, puesto que un día, al menos, fueron suyas!

## LA HIJA SEGUNDA

Sí, ¡suyas fueron esas alas un día! Suyas fueron, y al azul lo encumbraron, cumpliendo ese ansia misteriosa de vuelo que a nosotras, pobres mujeres a las que apenas si decorosamente nos es permitido trasponer solas, con el débil vuelo de nuestras faldas, los umbrales de una morada antigua, nos conmueve, no



imágen? ¿No sentisteis todas el ansia del hermano? ¿No presentisteis que desde nuestro nacimiento alas se agitaban a nuestro alrededor, prometidas a la mano heroica que las apresase y de las que nuestras trenzas por el viento agitadas, y nuestras faldas de orlas excesivas y, hasta el temblor doble de nuestros pechos eran un halagüeño indicio? Pero el hermano solo aprésó esas alas inciertas, y con una gracia más perfecta que la de los amercillos alados, puesto que su vuelo superó la amplitud de los cielos simplemente pintados de azul, se elevó más allá de esa línea en la que nuestros ojos naufragan. El se cifó realmente esas alas quiméricas, y voló por todos nuestros sueños, pagando con el sacrificio de sus piernas, trofeos reclamados por el azul inviolado antes, la realización de un pensamiento temerario que también era nuestro. Y ahora, hermanas, nuestras rodillas, ilesas, sangran, no obstante, traspasadas por el dolor de su caída y quisieran ser todavía más amplias y suaves para mecer su pobre cuerpo...

## LA HIJA ADOPTIVA, con voz ensoñadora.

... Para mecer su pobre cuerpo... Si finalmente despojado de sus alas de un día, de las alas funestas que le alejaron de nosotras, amor perfecto y, sin embargo, malogrado, torna a nuestro regazo para nunca más volar sino por el azul aseguible de nuestras pupilas.

## LA MADRE, acongojada.

¡Oh, hijas mías, no habléis con ese entusiasmo de las alas! ¡Vuestras palabras me asustan todavía en el pavor indecible de mi duelo! ¿Os seduciría también a vosotras ese azul infinito que al primogénito sedujo más, seguramente, que los ojos azules que nunca miró, absorto siempre en la contemplación de ese abismo profundo, más peligroso y de otro modo que el mar sondeable? ¿Será preciso que tienda un velo denso sobre ese azul nefasto, que esta amplia terraza, mojada cada día por el rocío celeste, cubra con velos tenebrosos para que no podáis sentir en vuestros párpados la frescura incitante de ese mar visible? ¿Será menester que en lo hondo de la casa os recluya, en las estancias interiores donde el soplo del aire que aquí agita, vehemente, vuestras faldas y vuestras cabelleras, cometas infantiles, dilata con la longitud desmesurada de las alas, apenas pueda estremecer el más pueril de vuestros rizos? ¡Oh, hijas mías! Madre involuntaria de un pájaro que abandonó, temerario, el seguro asilo de mis amplias rodillas, y hoy torna de su vuelo, vencido, tronchadas las piernas, sus únicas alas seguras, no puedo, sin angustia, oír hablar de esos quiméricos anhelos que ya idealmente os alejan de mí, cuando, ¡confesión acaso imprudente!, en el fondo de mi alma triste bendigo la catástrofe que para siempre me devuelve al hijo mutilado, pero vivo, necesitado en adelante, niño nuevamente, de mi mano piadosa para dar un paso... Y aunque parezca monstruoso, puesto que aún puedo ofrecerle mis rodillas, más suaves que salvado para sus muñones como en otro tiempo, y mis brazos, que de antiguo conocen su peso, aún tienen fuerza bastante para sostenerlo—tiempo menos cruel que el azul—, casi, hijas mías, agradezco al Destino que de nuevo, pueril, me lo devuelve.



UNA CRIADA, llegando de pronto.

¡Señora, el hijo viene! ¡Conducido por manos campesinas, inútil para valerse por sí mismo, el que de aquí un día se alejó impulsado por alas! ¡Oh, dolor!

Incorpórase la madre para correr al encuentro del hijo, que aparece en aquel momento en la terraza. Llega conducido en un cochecillo infantil, guiado por un servidor discreto, cuya piedad suprema consiste en no mirar apenas, con sus ojos imposibles, el dolor que, como una sombra partida, le precede. Reposa el aligero sobre un cúmulo de almohadones, y una manta escocesa le cubre las rodillas, velando el horror de la mutilación irreparable. Parecería, al pronto, un ser válido, si no fuera porque algo de extraordinario, no dolor ni tristeza, acaso júbilo inefable, se advierte en su rostro, que parece haber madurado extrañamente, como esas cabezas cercenadas por la guillotina que envejecen en un instante, sazonadas por un equívoco súbito. Y también suscita la idea de su invalidez, por el desarrollo sorprendente que ha adquirido su busto, rompiendo la simetría normal, como por efecto de una poda maravillosa. Su cabeza parece un fruto anticipadamente sazonado en un clima ardiente, y sus hombros se han hecho prodigiosamente expresivos, como si en ellos residiera ahora la voluntad y el sentido de sus movimientos. La madre, al verle, cae de rodillas, vencida por el dolor, y queda así ante él, apoyando sus manos en el borde del cochecillo, como en el filo de una cuna. Las tres hermanas y la que es como una hermana más, póstranse también ante el aligero, como si al verle, testimonio innegable y deseado de la gran desgracia, una simpatía hasta física, cuyo origen se pierde en el limbo materno, hubiese quebrantado sus rodillas, cercenando sus piernas, invisibles también bajo los velos. Durante un momento, sollozos vencedores de toda prudencia musicalizan quedamente el silencio de la tarde, amplio sobre la gran terraza. El grupo que forman las cuatro mujeres arrodilladas se hace escultórico en la morbilidad del aire y parece magnificar tristemente el fracaso de las alas. De cuando en cuando, no obstante, unas palomas descienden de las altas techumbres de la casa y revolotean con una gracia segura, como un presagio amable, alrededor del grupo doloroso.

LA MADRE

¡Como un fruto caído de la rama de un árbol, como un aerolito desprendido del inflamado cielo, así te recibo de nuevo en mis brazos, ¡oh, hijo mío!, que solo llegas a mí desde mi pensamiento invariable! Alejado de mí en el tiempo en que el cielo te poseyó, en que sólo el aire te tuvo en su regazo, más débil que el mío, puesto que, al fin, te dejó caer, indolente nodriza, sobre la tierra original; cada día te esperaba con el corazón estremecido, sobresaltada siempre que una ráfaga demasiado viva agitaba cimeras y colgaduras! ¡Oh, hijo mío, hijo de una madre que no pudo darte de alas nativas, yo misma no tenía otras alas que las torpes y pesadas de mi pecho, todo el tiempo que ciféndote alas artificiales—¡ay, cuán inseguras!—lejos de mí, por un azul más peligroso que el del mar, volabas, yo, segura de no ser la madre de un pájaro, temblaba por ti, mi pobre hijo! ¿De dónde vino a ti ese anhelo de vuelo, ese afán de emular a las águilas y de elevarte solo, de toda ayuda privada, sin siquiera ese último lazo, ese piadoso cable que, como una trenza conservada desde la niñez, nos une con nuestra antigua cuna, a esas alturas, colinas

engañosas, menos sólidas que las cimeras de espuma de los mares? ¿No te asustaba, ¡oh, hijo mío!, tu temeridad? ¿No preveías lo imposible de tu loco designio, hijo de una madre de la tierra, que sólo en los columpios pueriles pudo ofrecerle la emoción del vuelo, con sus propias manos impulsando la pintada barquilla, incapaz de trasponer el círculo de su mirada, aun así inquieta? ¿Cómo pudiste creer que sustituirías fácilmente tú, pesado hijo de la tierra, a la cometa de tela fina y leve que, como un pájaro domesticado, lanzabas en la tarde de otoño de tu infancia, desde esta terraza misma hacia una altura desdeñada por las palomas natales, tal un fino pañuelo henchido por el aire de un sollozo? ¿Cómo pudiste esperar un prodigio amable de ese azul esquivo, ni esperar que, benigno, acogiese tu cuerpo, cuando impenetrable se niega desde la eternidad, espejo hurao y desdeñoso, a reflejar siquiera nuestros rostros que hacia él se vuelven suplicantes? ¿Cómo pudiste esperar que conquistarías ese azul, inaccesible emporio, infranqueable Eldorado de tesoros ardientes, que nadie podría tocar, abismo defendido por sus propias luces, desierto lleno de espejismos fatales? ¿Cómo pudiste esperar el prodigio, ¡oh!, hijo mío?

El hijo, con exaltación.

Y sin embargo, el prodigio ha sido, ¡oh, madre!, ¡oh, hermanas! ¡He volado, he volado! Y puedo decir con toda plenitud esta palabra que las águilas, de vuelo habitual, tan sólo balbucean con sus graznidos. Pero yo puedo decir con toda plenitud de sentido, sabiendo todo lo que esta palabra significa de victoria y de riesgo y todo su poder maravilloso, inverosímil, dicha sobre la tierra por una criatura que un instante ha depuesto sus alas y tan sólo conserva el recuerdo deslumbrado de su aventura, increíble aún para uno mismo, luego que se ha fundido con el sueño de la noche última; yo que en mi cuerpo conservo señales indelebles de mi victoria, yo puedo decir con toda plenitud: ¡he volado! He volado, ¡oh, madre!, dotado de unas alas que tú no me diste, sino en augurio, cuando en torno a mi cuna, sueltas las trenzas y las largas colas, promovías un rumor de alas misteriosas y a mi imaginación pueril traías la evocación de las colmenas, de los nidos, que también me sugería tu pecho, tibio y palpitante como el plumón de los grandes pájaros. ¡Hijo de la tierra, sujeto a la ley de la gravedad inexorable, no menos infaliblemente que la estatua, nacido para arrastrarme sobre la tierra o para gustar su embriaguez efímera de altura en los globos cautivos, yo, no obstante, ¡oh, madre mía!, he volado! Dotado de alas prodigiosas, engendradas por mi voluntad, roto todo lazo con la tierra, como un día ya olvidado rompí el que fatídico y material me unía contigo, me he elevado, audaz, sobre las más altas colinas. He traspuesto las playas visibles de ese azul cuya inmensidad os intimida, cuando en una tarde serena, desde esta terraza lo contempláis, enganosamente cercano y palpable, apenas un poco más remoto que las bambalinas de los teatros y los cielos rasos de los salones; pues yo, que he volado, puedo decir—¡apenas me creíais!—lo infinito de esas perspectivas cercanas. ¡Yo he volado, yo he hendido ese azul, he sondeado, convirtiéndome en su medida precaria, toda su profundidad; he sentido su vértigo inefable, he visto de cerca sus estrellas, he sido yo mismo una estrella momentánea y prematura en su crepúsculo! ¡Oh, madre!, he sido una estrella en lo alto. Me he confundido con la armonía de las constelaciones. He sido

como una estrella anticipada en el cielo vespertino de las ciudades. Ojos intensificados y atónitos me han contemplado como a un cometa inesperado y fatídico, mientras los corazones desentrañaban el augurio favorable o nefasto de mi aparición. Volé tan alto, madre, que dejaba momentáneamente de ser un semejante para mis hermanos los hombres, y me confundía, en la lontananza remota, con las formas más extrañas. Fui en lo alto un prodigio, una maravilla temerosa. Resucité, con una vida sorprendente y, sin embargo, cierta, los mitos más antiguos. Fui Perseo, atravesando el azul con la cabeza espantable de la Gorgona. Y Belerofonte, cabalgando sobre el Pegaso alado. Y también, si queréis imágenes más plácidas, Elías, sublimándose a los cielos sobre su túnica henchida maravillosamente como una nube, prodigioso velamen. Porque todas esas imágenes antiguas fueron presagios de mi victoria, y yo solo, volando a mi capricho en el azul verdadero de todos los sueños, interpreté realmente el anhelo y la esperanza de los ojos que se elevan al azul, convirtiendo ese abismo insondable en una cosa tan asequible y familiar, al menos en el lenguaje de los hombres, como un mediterráneo.

LA MADRE, con inmensa piedad.

Y también fuiste, ¡oh, pobre hijo mío!, nuevo trasunto del lamentable Icaro. ¿Cómo has podido olvidar este nombre? También, cual las suyas, se fundieron tus alas y... Mas mi dolor no osa profundizar el símbolo, y esquivo el contemplar ese triste trofeo... ¿A qué colmar tampoco con un antiguo llanto el cáliz que rebosa en mis ojos, que ya creí exhaustos, cuando mi luto de viuda corrió el peligro de desteñirse, tornándose blanquecino como esa ola oscura eternamente bañada por la salobre espuma? Mi corazón, que tantas veces, durante tu ausencia, contempló sobresaltado en mis sueños lo más pavoroso, ornando, como un palpitante trofeo, tal esa gran hoja seca del otoño en los umbrales, el túmulo terrible de lo irreparable; mi corazón, que tantas veces se asomó a ese azul, como a la orilla de un mar enteramente desierto, del que ningún retorno de vela era esperable, casi, hijo mío, se regocija ahora exprimiendo esta alegría como un fruto inesperado al verte de nuevo al alcance de mis brazos, restituido a mi nostalgia por ese azul esquivo, al tenerte recuperado ante mí y presentir, ¡oh, indecible merced!, con tu retorno, el retorno simplemente de lo habitual. Porque, de ahora en adelante, ¡oh, hijo mío!, nuevamente me perteneces, como en el antiguo tiempo pueril, y nadie podrá, ni siquiera una nodriza importuna y fiel, disputarme el privilegio de mecerte en mis rodillas, que estremecidas a compás, recuerdo de las antiguas nanas, te darán la única emoción de vuelo! Ahora, hijo mío—¿no debo esperarlo así?—, calmada para siempre el ansia de alas que un día llevaste ceñidas a tus costados, ese azul funesto, ya de ti conocido, no gravitará como una tentación sobre tus sueños! Ahora, ¡oh, hijo mío!, más seguramente que en la infancia, eres completamente mío y en mi regazo vuelves a gustar el único vértigo, inocente y puro, posible para ti: el vértigo antiguo, nunca causa de irreparables caídas, cuando en mis rodillas seguras saltabas, ebrio sólo de la dulzura de mi pecho, sobre la cual, como sobre las lagunas dormidas, pasaba suave una faja de azul!...

LAS HERMANAS

Y nosotras también, en nuestras manos, fuertes en la plenitud de nuestro pulso, si nuestras rodillas apiadadas fla-

quean, con nuestras manos entrelazadas, según el recuerdo de las antiguas sillitas que en nuestros juegos pueriles formábamos, ahora te exaltaremos, ¡oh, hermano!, ofreciéndote un columpio vivo, para que más cerca del azul puedas alcanzar los frutos que maduran en las ramas altas, y las flores que se abren sin desprenderse por encima de nuestras cabezas, lágrimas en lo puro del azul congeladas. Contigo, por las sendas antiguas que ahora volverán a ser nuevas, en el júbilo inesperado de tu retorno, correremos, en el amplio revolar de nuestras largas trenzas y de nuestras faldas, alas infalibles y pobres, haciéndote sentir en las mejillas, como un aleteo fabuloso, el ardor inocente de nuestro hálito; contigo correremos hasta sentir el vértigo, del que es grato descansar luego sobre la tierra recuperada, con la emoción de una lejanía fabulosa, con ese sobresalto pueril del que nos recobramos en la blandura de los lechos mullidos, semejantes a los cielos aborregados. Y también contigo nos asomaremos a lo hondo de las grandes albercas, en cuyas aguas tranquilas el azul se diluye, y lanzando a ese cielo invertido nuestras imágenes, tal una cometa desprendida de nuestras manos, alcanzaremos, ¡oh, piadoso espejismo!, en forma de asequibles medusas, los grandes buceos, de otro modo inaccesibles, y como un velo mojado, tal un lienzo empapado en una tina de añil, ese azul imposible que ha huido de tus manos...

El hijo, con exaltación.

¡Oh, callad, imprudentes, y no me habléis así, con una voz impropia, ya que parece tomada a las sirenas! ¿Acaso podría contentarme con esos placeres inocentes y pueriles, yo que he conocido el peligro magnífico? ¿Podría contentarme con apresar ese azul mojado, yo que con mis alas de acero he rasgado el verdadero azul, terso y enjuto de las alturas, ese que ni aun en la pupila más despiadada podría encontrarse? ¿Cómo, después de haber sentido el temblor inefable de ese vértigo, mortal en la embriaguez con que nos enajena, podría contentarme con ese vértigo pueril que me brindáis, inocente y sin riesgo, sobre la tierra amplia, sobre los regazos, sobre los lechos de soportes incommovibles que ni siquiera podrían, por nuestras manos impulsados, surcar las aguas, naves improvisadas?... No; lejos de mí todo eso, para siempre olvidado en la remota infancia, de brazos de nodriza y andadores... Yo, que he volado, no soy ya un hijo de la tierra... Yo, que en el azul lejano volé hasta no ser ya una imagen visible para vuestros ojos, ya pertenecí para siempre al azul... Mi vuelo temerario trazó en él caminos que me atraen invenciblemente. Para otros, contentarse con poseer ese azul remoto en el fondo de los estanques sondeables, de imposibles naufragios, en el fondo de los azogados espejos y hasta en esa pobre mano que tiembla, poseída de un susto divino. Yo necesito el azul verdadero, sólo asequible a las alas...; el azul infinito, que en los demás es tan sólo un augurio, y en mí, que he volado, es ya lo más caro: un recuerdo.

LA MADRE, asustada.

¡Oh, pavor inexpressable de oírte hablar así! ¿Volverías, hijo mío, a intentar la terrible aventura? Mis palabras no querían ser menos piadosas que esa manta que cubre tus rodillas. Mas cómo podrías ahora cefirte de nuevo las alas, tú que en adelante, pueril, necesi-



de nuestros brazos para elevarle, mucho más que los tréboles de abril, sobre la tierra?...

El hijo, con exaltación.

¡Oh, madre, no temas affigirme aludiendo a mi fracaso, que el azul hizo di-  
cino! Ni quieras, tampoco, arrullándome con palabras tiernas, de una dulzura comparable a las que en otro tiempo pronunciara en mis labios tu pecho, volverme a una edad antigua para siempre olvidada. No; nunca más ya la tierra nativa, ni tú, ¡oh, madre!, de rodillas placidas, podréis retenerme por un tiempo largo invocando los maternos títulos. Yo soy ya un hijo del aire; un pájaro soy de alas mudables, mas no por eso menos ciertas. Y el fracaso que mutiló mis piernas, que ved, no existen ya bajo este paño que me cubre, dejándome tan sólo estos muñones que tiemblan todavía de su vuelo; ese fracaso, ¡oh, madre!, me ha dotado positivamente de alas. Ese azar—¿por qué diría terrible?—ha flado para siempre a las alas mi suerte. Porque, ¿qué sería yo sobre la tierra, lacerado púmico, pobre mutilado, lo sé, cuando quisiera equipararme a los hombres que tienen pies sencillamente? ¿Cómo podría aspirar a la más humilde victoria, si ella misma—y así no habría de ser—no me tendía sus dos manos piadosas? ¿Iría a sentarme, lamentable trofeo, al pie de los arcos de triunfo y de las columnas de gloria, en espera de esa rosa extraviada que puede caer de una mano que hace su ofrenda al héroe? ¿Viviría de la piedad?, ¡oh, madre! Y todo amor habría de convertirse en piedad al inclinarse sobre mí, llaga viva. No; mi suerte, por el fracaso mismo, está fiada a las alas y al azul, y mi alma, para la que lo próximo está vedado, igual sería que las manos me faltasen, cuando ya fatidicamente a lo remoto!...

LA MADRE

¿Y no temerías, ¡oh, hijo!, otro nuevo fracaso más irreparable aún? Y ese azul infinito cuya sola contemplación mareaba mis ojos quietos, como si ya me sintiese absorbida por su océano profundo o me viese a mí misma extraviada y perdida en una suerte nefasta, como esas imágenes prematuras que un espejo nos muestra; ese azul pavoroso ¿no lo sería para ti, ¡oh!, hijo?

El hijo, con exaltación.

¿Y cómo podría infundirme pavor, ¡oh, madre!, a mí, ya consagrado por la fatalidad, que en los umbrales de ese templo infinito, como ex votos apiadables, dejé mis pobres piernas, inútiles para el hombre que ya aprendió a ceñirse las alas? ¿Qué podría temer ya del azul, yo que le he sacrificado mis piernas? Más bien ahora, pájaro definitivamente, pájaro para el que otro medio no habrá de trazarse un camino y recorrerlo que las alas; más bien ahora, pájaro, debo esperar la benignidad suma de ese azul que ha de verme ante él confiado y sereno, con mis alas tan sólo, muletas únicas para el hombre que otras no podría usar. Ahora, ¡oh, madre!, mírame: soy un pájaro; toda la vida de mis piernas ha pasado a mis brazos, que tiemblan como las alas, aun en mi quietud, cual si imperativo sintiesen el halago del aire; mis ojos se han hecho profundos y vagos, como ese azul que esquivo reflejar una imagen, y mi pecho se aguza, duro como una hélice... ¡Oh, madre!, yo ya no soy un hijo de la tierra.

Yorgue el aligero su busto, anhelante y trémulo como el cuerpo de un ave. Todo en su inmovilidad forzada, incapaz de recorrer el más breve camino, expre-

sa la inminencia del vuelo, el ansia y la posibilidad del vuelo de un modo fatal, pues ante la figura mutilada y, sin embargo, viva y estremecida, es fatal pensar en el milagro de las alas. La madre y las hermanas le ven transfigurado, como en verdad, a un pájaro maravilloso y humano—pájaro azul o amor alado y no ciego—, capaz de elevarse en un vuelo súbito, ascensión más que vuelo, hacia el azul que, imperativo, lo reclama, ya que, cual un ave herida, sólo en las alas encontrará ya la fuga necesaria.

LA MADRE, con desaliento.

Sí; verdaderamente como a un pájaro veo al hijo que engendré sin alas. Olvidó los tiempos que le mecí en la cuna

LAS HERMANAS

¿Será fatal que nos abandones?, ¡oh, hermano nuestro! ¿No podrán retenerle el azul de nuestros ojos inocentes, ni esta guirnalda de frescas rosas con que nuestras manos, al ceñir tu frente, te coronan? El gesto con que unánimes te rodeamos, igual que en otro tiempo tu cuna, ¿no tiene poder sobre tu corazón, no te retorna mágicamente—¿dónde, entonces, la fuerza del rito?—al buen tiempo de tu niñez sobre nuestras faldas meci-  
da? Y tampoco aquélla que está entre nosotras y no habla—¿para qué hablaría si sus ojos están llenos de lágrimas?—, la que, hermana también por la costumbre, podría, no obstante, recibir sin pecado un beso tuyo demasiado vivo y soñarte en su lecho, vestido de blan-

no? Sólo en el azul, en la grandeza de una perspectiva lejana, presentido más bien que visto, podría ser yo una cosa magnífica. Es fatal que yo vuele. Y no querríais, con una piedad intempestiva y cruel, tal la ternura que sobrevive a una cuna arrumbada, quebrar las alas que son mi único trofeo. Por un tiempo aún tomad mi cuerpo mutilado—esto es posible—y acunadle en el nido de vuestras rodillas. Mas esto será tan sólo un tiempo, mientras el último dolor de las llagas, aún frescas, se desvanece como el perfume de una rosa tronchada y mi alma olvida hasta el último recuerdo de sus piernas inútiles. Entonces será fatal que vuele...

La madre y las hermanas doblan la cabeza, resignadas bajo lo fatídico del



terrible destino del aligero. Comprenden que es fatal perder al hermano que reclama el azul, y en su corazón estrechar, tal una urna casi exhausta, la misera alegría de tenerle un momento dolorido y llagado en la casa. Llenas de viva ansiedad rodean el cochecillo del inválido, semejante a un nido, del que un osado vuelo ha de elevarse un día indecible, pero seguro. La dulzura del crepúsculo, trémula de vagos vuelos, se agota sobre la terraza, como si la absorbieran las ánforas de mármol que, exhaustas de rosas, decoran sus extremos. Las palomas, que antes revoloteaban serenas, ahora han tornado ya a sus nidos. En el confín del horizonte unas nubes se alejan, llevándose en sus alas el último reflejo del sol.

LA MADRE, empujando hacia el interior de la casa el cochecillo del inválido.

¡Hijas mías, volvámonos adentro. ¡Resguardemos de ese azul nefasto nuestro único tesoro; huyamos de este puerto sobre el azul, donde una brisa loca incita a nuestras trenzas a soltarse en cimeras, halagándolas, como haría con unas alas! ¡Funesta tentación por la que el azul nos seduce! Un pétalo extraviado de una rosa tronchada, una pobre hoja amarilla del árbol familiar, ha caído hoy, oportuna, en nuestro regazo. ¡Guardémosla contra nuestro corazón, mientras llega la primavera, que habrá de arrebatárnosla, convertida en un ala! Secundadme, hijas mías, ahora; empujad esta cuna en que reposa un águila cansada. En las noches futuras, tristes de no poder ser el azul, vendremos aquí mismo a interrogar, temerosas, el cielo, y este será el único consuelo para nosotras, incapaces—estas faldas pesadas nos estorbarían—de perseguir un vuelo temerario!

R. CANSINOS-ASENS

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



## A. CUTULI-"TAILOR"

Hemos sido gratamente sorprendidos al visitar el establecimiento del Sr. Cutuli en su nueva instalación, Alcalá, 53, pudiendo comprobar lo que por referencias de esta Casa sabíamos.

Este señor, que es italiano y reside en esta corte desde hace veinte años, realizando viajes anuales al Extranjero, ha conseguido, por su constancia, actividad y buen gusto, reunir una escogida y numerosa clientela, en la que figura gran parte de lo que constituye la aristocracia de Madrid y provincias, así como lo más selecto de nuestros «sportmans», pues los trajes de «sport» son una de sus especialidades, hasta el punto de haber tenido el honor de confeccionar algunos de éstos para S. M. Don Alfonso XIII y los Infantes; vimos hermosos Breeches, Kerickers y Amazonas de irreprochable línea y acabadísimo trabajo, muy bonitos uniformes militares de los últimos modelos y trajes de calle y etiqueta de elegantísimo corte y esmerada confección.

Han cooperado a consolidar su fama, con su inteligencia y «savoir faire» hereditarios, los señores hijos de A. Cutuli, que, muy atentos, nos mostraron obras de prueba y terminadas de las que antes hablamos, y al recordarlas les en-

viamos nuestros plácemes, por ser esta Casa una de las primeras de España, estando al tanto de las últimas novedades extranjeras.

### EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Acaba de ponerse a la venta

## EL CORAZÓN

por

A. Hernández Catá

Libro en que su ilustre autor lleva a la perfección su arte de novelista apasionado y de escritor fuerte y ameno.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

— Precio: 5 pesetas. —

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## CASA CAMPOS

NICOLÁS MARÍA RIVERO (antes Cedaceros), 11

Invitados por nuestro amigo Sr. Campos a visitar su espléndida instalación, acudimos, curiosos, y fuimos obsequiados por este señor con una sesión de arte musical, de la que siempre guardaremos grato recuerdo. Primeramente oímos en el famoso órgano (cuyo precio excede de 100.000 pesetas), y ejecutadas por el profesor de la Casa, hermosas partituras. Los que rinden al Arte fervoroso culto y debido tributo conocen, por lo menos de referencia, este notable órgano, pues el Sr. Campos frecuentemente invita a sus distinguidos clientes y «amateurs» a deliciosas sesiones.

Esta Casa fué la primera que vendió los pianos automáticos, en contra de la opinión, que, por no tener éstos la perfección actual, creían no fuesen buenos intérpretes de la música; prueba del intuitivo acierto del Sr. Campos y del error de aquéllos es el gran mercado mundial que estos aparatos han alcanzado. Del más perfeccionado, «Solo-Carola», esta Casa lleva vendidos buen número entre las familias que integran el «clou» de la aristocracia del buen tono; pues el «Solo-Carola» reúne, a más de gran tonalidad, sonoridad y melodía, por un

dispositivo especial de sus macillos, condición de producir perfectos acordes, apartándose por completo de toda actuación automática y dando la sensación, al escucharle, de ser tocado porertas manos. Oímos obras de auto clásicos y una de gran delectación: «Fileuse de Raff».

Luego estuvimos en la gran sala de fonógrafos «Edisson», que nunca creamos hubiesen llegado a tal grado de perfeccionamiento, pues verdaderamente récese escuchar las voces mismas impresionaran los discos con todo a gor y clara vocalización. Rollos para pianos y discos «Edisson» vimos en grandes cantidades, que los permite cualquier momento, servir las obras modernas, a pesar del incalculable número de éstas que a diario se editan.

La inteligencia y cariño con que Sr. Campos atiende su Casa se ven respondidos por el selecto público, lo do siempre de las últimas novedades. Dato éste que tenemos el deber y la satisfacción de consignar, dando, al mismo tiempo, las gracias más expresivas a nuestro amable amigo por la atención que nos dispensó.

## CORONA

La Máquina de Escribir Portátil

NUEVO MODELO  
550 pesetas

Incluyendo estuche, accesorios  
y garantía.

Cambio de cinta automático.  
Teclado universal.  
Carro grande, etc.  
También facilidades de pago.  
Distribuidores.

Gastonorge C. A.  
Sevilla, 16.—MADRID



## CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



### MANUEL LOPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES  
SERRANO, 17  
AYALA, 60

### MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

### ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

### AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA  
BÓVEDA (LUGO)

Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá  
esquina a Barquillo